

DEBATES FEMINISTAS SOBRE LA SEXUALIDAD

Cristina Garaizabal
Jornadas Feministas
Granada 2009

En primer lugar tengo que decir que no voy a hablar de la evolución de la política sexual del movimiento feminista, sino de la evolución de mis ideas feministas sobre estos asuntos. Pues aunque esta evolución no haya sido sólo mía sino que ha sido compartida con un extenso grupo de mujeres, el movimiento feminista hoy es tan amplio y diverso que creo que nadie puede alzarse con el patrimonio de las ideas feministas sobre la sexualidad.

La política sexual del movimiento en los primeros años

En el siglo pasado, la corriente mayoritaria del sufragismo decía sin más **NO AL SEXO**. Adscribiéndose a la concepción puritana y victoriana de la sexualidad, estas feministas advertían de los peligros que la sexualidad tenía para las mujeres. Según sus ideas, las mujeres, que por "naturaleza" no estaban interesadas en el sexo, debían llevar a los hombres a esta misma actitud. Por ejemplo el apoyo de las sufragistas a las "Campañas por la pureza sexual" en el Londres de finales del XIX. (Judith Walkovitz. La ciudad de las pasiones terribles).

Dentro del "viejo" movimiento feminista de las sufragistas también había una corriente minoritaria que no era puritana en relación a la sexualidad. Una corriente que defendía a las mujeres como seres sexuales y que las llamaba a sentirse libres en relación al sexo. Pero lo que aquellas feministas como Enma Goldman o Margaret Sanger no hicieron fue criticar el papel dominante, hegemónico de los hombres en las relaciones sexuales. Tampoco profundizaron en los efectos que la división de géneros tiene en las diferentes vivencias sexuales de hombres y mujeres. Estas reflexiones llegarían con el desarrollo del "nuevo" movimiento feminista, el de nuestros días, el que empieza en los años sesenta y que en nuestro país se desarrolla a partir de 1975, con la muerte de Franco.

El nuevo feminismo supuso un cambio fundamental en la comprensión del género como construcción social. La frase de Simone de Beauvoir "No se nace mujer, se llega a serlo" inaugura una nueva época del feminismo moderno, una de cuyas preocupaciones fundamentales va a ser la crítica a la supuesta **naturalidad** de los géneros así como analizar y desvelar los mil mecanismos a través de los cuales se construyen éstos.

En el Estado español, desde los primeros años de existencia del movimiento feminista, la preocupación por el ámbito de la sexualidad ha sido una constante. Hasta comienzo de la década de los 80, la crítica feminista a lo que se ha venido llamando "el modelo de sexualidad dominante" se centró en la denuncia de diversos aspectos de las relaciones heterosexuales que ponían a los hombres en el centro de las relaciones y desconsideraban a las mujeres. Así, por ejemplo, pusimos en cuestión que la penetración vaginal fuera **EL MODELO** para las relaciones sexuales entre hombres y mujeres; igualmente planteamos que la vagina no tenía porqué ser **EL ORGANO SEXUAL** por excelencia de las mujeres y empezamos a reivindicar el papel que jugaba el clítoris en el placer sexual femenino; frente al orgasmo vaginal defendíamos el orgasmo clitoridiano; al mismo tiempo -y en unos años en los que estaba prohibido utilizar métodos anticonceptivos e incluso informar sobre ellos- exigíamos que los anticonceptivos estuvieran al alcance de todas las mujeres, que fueran gratuitos, a cargo de la Seguridad Social, con una buena información sobre ellos y que se investigara sobre anticonceptivos masculinos. Esta **crítica a la hegemonía masculina** en las relaciones sexuales, acompañada de la defensa del **derecho al**

placer sexual para las mujeres constituyeron los ejes fundamentales de la visión feminista de la sexualidad en los primeros años de nuestro movimiento feminista.

En estos primeros años, hasta comienzos de la década de los 80, la política sexual del movimiento se movía, mayoritariamente, dentro de las relaciones heterosexuales, rompiendo la identificación entre **SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN**. Pero no abordábamos plenamente y en profundidad la otra gran identificación, la que se establece normalmente entre **SEXUALIDAD Y HETEROSEXUALIDAD**.

Los **colectivos de feministas lesbianas, formados en la década de los 80**, ponen en cuestión la idea de que lo normal entre las personas son las relaciones heterosexuales y critican que la heterosexualidad sea en nuestras sociedades una "norma de obligado cumplimiento". La denuncia de ese carácter social de la imposición de la heterosexualidad, el papel que juega en la socialización de las mujeres como género femenino y de los hombres como género masculino, la defensa del deseo lésbico como posible para todas las mujeres.... Todo ello ha formado parte de las aportaciones que desde el feminismo se han hecho a una visión de la sexualidad no androcéntrica ni heterosexista.

Toda esta actividad ha tenido y sigue teniendo aspectos muy positivos que no viene al caso desarrollar aquí. Pero quiero resaltar que, gracias a la labor del movimiento feminista, se abrieron nuevas perspectivas en el desarrollo y en los estudios del género; se ofrecieron nuevas posibilidades y maneras de ser mujer en nuestra sociedad. Todo ello repercutió en la autoafirmación de las mujeres y en que se extendiera como la pólvora un ánimo de rebeldía entre todas nosotras, pudiéndose decir que, desde la aparición del feminismo, las vidas de muchas mujeres no han vuelto a ser lo mismo. Así mismo, creo que sin esos principios tan osados y radicales, en los que la sexualidad jugó un papel importante en el quehacer feminista, hoy no estaríamos donde estamos, ni podríamos plantearnos los nuevos retos a los que la realidad nos enfrenta.

Ahora bien, en un primer momento, los debates y reflexiones que el feminismo desarrollaba sobre la sexualidad estaban muy influenciados por personalidades eminentes de la sexología como Masters y Johnson, Kensey o la feminista Sere Hite. De su mano, se ponía el acento en la importancia del **conocimiento del propio cuerpo**, así como en saber excitarlo correctamente. ¡ Qué duda cabe que este fue un paso importante para muchas mujeres que nunca habían oído hablar del clítoris o que jamás se habían atrevido a mirarse los genitales! Pero hay que reconocer, también, que era un planteamiento bastante simplista, que contemplaba algunos elementos que intervienen en la expresión de la sexualidad (fundamentalmente los aspectos más materiales como son el cuerpo y la conducta) pero que dejaba de lado otros, tan importantes, por ejemplo, como el deseo o las fantasías. Es decir, se ignoraba todos aquellos elementos que tenían que ver con el ámbito de lo simbólico.

De hecho, las discusiones sobre la violencia machista, sobre pornografía, sobre las relaciones butch/femme entre lesbianas, sobre las relaciones sado-masoquistas consensuadas, las relaciones intergeneracionales o sobre la prostitución... todas estas discusiones plantearon nuevos interrogantes a la teoría feminista. Y lo fundamental, nos hicieron ver que no **todas** las mujeres vivimos igual la sexualidad y que existe una gran **diversidad de vivencias sexuales** entre nosotras, dependiendo de múltiples factores, tanto individuales como sociales

Algunos problemas de estas concepciones

Desde mi punto de vista, los planteamientos feministas de los primeros años no estaban exentos de algunos problemas. Especialmente creo que la concepción que teníamos de las mujeres era excesivamente **monolítica**, entendiendo la identidad de género como algo que nos homogeneizaba a

todas y pensando que el hecho de ser mujer era el que prevalecía **siempre y para todas** las mujeres en la manera de insertarse en el mundo.

La teoría feminista sobre los géneros estuvo, en sus primeros momentos, muy influenciada por el ensayo que Gayle Rubin escribe en 1975 “Tráfico de Mujeres”. En él se defendía que la construcción del género se daba sobre la base del sexo biológico, concediéndole a la sexualidad un papel privilegiado en este proceso. La sexualidad quedaba, así, como un subproducto del género, considerándose que es el género lo que transforma la plasticidad del deseo sexual en la heterosexualidad coitocéntrica (como define Jose Antonio Nieto el modelo sexual dominante). Incluso, por parte de algunas corrientes feministas, se llegó a afirmar que la heterosexualidad, mientras existiera una situación subordinada de las mujeres frente a los hombres, nunca puede ser una opción libre y gratificante para éstas. Junto con esto, la opción sexual no se concebía como variable autónoma que puede introducir matices y diferencias en el desarrollo de la identidad de género, según cuáles sean las preferencias sexuales de cada mujer.

Junto con lo anterior, la formulación -por parte también de Gayle Rubin- del sistema sexo/género tuvo una gran aceptación dentro del feminismo y sirvió de punto de partida para la elaboración de diversas teorías. Así, mientras unas defendían que entre el sexo biológico y el género cultural mediaba una construcción social (feminismo de la igualdad) otras defenderán que existe una correlación simbólica basada en la diferencia biológica (feminismo de la diferencia). No obstante, todas estas teorizaciones adolecen, desde mi punto de vista, de estar profundamente impregnadas de la dicotomía **naturaleza/cultura**, imperante en los discursos dominantes: así, el sexo sería la matriz biológica, natural e incuestionable, mientras que el género sería lo construido culturalmente y que se traduce en una posición social y en una subjetividad específica. Todo ello llevaba aparejada la defensa de una identidad colectiva en sentido **fuerte**, identidad basada, bien en la existencia de unas condiciones de existencia similares y unos intereses comunes entre las mujeres, bien porque se afirmaba que “lo femenino” es radicalmente opuesto a “lo masculino”.

Estas formas tan monolítica de entender el género fueron puestas en cuestión al aparecer diferencias entre las mujeres que participaban en el propio movimiento, dando pie a nuevos y fructíferos debates. En EEUU, primero las lesbianas y después las mujeres negras plantearon serias críticas a las formulaciones del género que hacía la mayoría del movimiento feminista, por encontrar que estas formulaciones adolecían de un carácter marcadamente heterosexista y reflejaban el punto de vista de mujeres blancas.

Aquí los debates fueron menos apasionados pero no por ello carentes de interés y básicamente reflejaban los mismos problemas que en EEUU aunque menos polarizados. Una de las cuestiones que estaba en la base de éstas polémicas era precisamente la relación entre género y sexualidad, así como las diferentes concepciones tanto sobre la identidad femenina como sobre la sexualidad.

Debates sobre lesbianismo

El debate entre feministas y lesbianas ha aportado claves al tema de la relación entre género y sexualidad. Aunque, como antes he explicado, en este país ha existido una relación muy estrecha entre feminismo y lesbianismo, en otros países esta relación ha sido conflictiva.

De hecho, en EEUU al principio de los años 70, algunas feministas radicales -que pensaban que el sexo y todo lo sexual era fundamental en la opresión femenina- veían el lesbianismo como algo amenazador pues hacía referencia a algo sexual (se consideraba lo sexual masculino) y se criticaban

duramente los roles entre las lesbianas por considerarlos una burda imitación de las formas masculinas patriarcales.

"Se podría demostrar que el lesbianismo, de hecho todo lo sexual, es reaccionario y que el feminismo es revolucionario... como el lesbianismo implica roles, más aún, se basa en el principal postulado de la opresión masculina, es decir, el sexo, el lesbianismo refuerza el sistema de clases sexuales" (Ti-Grace Atkinson)

"El lesbianismo enturbia el problema central de las mujeres, al dar la impresión de que a las mujeres nos gusta tanto el sexo como a los hombres" (Abby Rockefeller)

"Dos lesbianas que han elegido no caer en roles de imitación, sino que están explorando los aspectos positivos del comportamiento más allá de los roles -formando algo nuevo- serían algo saludable" (Anne Koedt)

Aquí estas posiciones se dieron por parte de algunas feministas radicales que cuestionaron la creación del Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid, por considerar que la sexualidad no era motivo suficiente para organizarse.

Posteriormente se da en el seno del movimiento feminista otra corriente que reivindica el lesbianismo separatista y que considera que las mujeres heterosexuales impiden el avance del movimiento por ser colaboradoras con el enemigo. Ejemplo: Rita Mae Brown. En nuestro país esta posición estuvo representada por Gretel Ammann.

La aparición del *feminismo cultural* implica la reconciliación de heterosexuales y lesbianas en el seno del feminismo, sobre la base de abstraer al lesbianismo del terreno sexual, encubriéndolo como vínculo femenino. La exponente más clara de esta corriente es **Adrienne Rich** (Artº en Nosotras nº 3: *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*) que defiende que el lesbianismo debe ser una identidad política de todas las mujeres. Esta corriente se manifestó en nuestro país en el seno de los propios colectivos de Feministas Lesbianas dando lugar a intensos debates relacionados con las apariencias, los roles, las prácticas sexuales y, en última instancia la sexualidad lésbica. Debates imposibles de reproducir aquí pues implicaría otra ponencia.

Estas posiciones fueron criticadas dentro del propio movimiento feminista por considerar que partía de una naturalización de los vínculos entre las mujeres y que acababa desexualizando el lesbianismo y promoviendo una cierta victimización de las lesbianas. La oposición central a estas posiciones la ha representado Pat Califia defendiendo el lesbianismo como una identidad elegida.

Los debates sobre la violencia machista

A finales de los 80 los debates sobre la violencia machista, fundamentalmente sobre las agresiones sexuales, ponen otra vez en primer término las concepciones sobre la sexualidad, en especial cuando se habla de las causas de la violencia sexual o el papel de la publicidad y la pornografía en nuestra sociedad. Los debates llevan a la ruptura de muchos grupos después de las apasionadas discusiones que tuvieron lugar en las Jornadas estatales celebradas en Santiago de Compostela en 1988.

Las elaboraciones teóricas provienen fundamentalmente de EEUU con lo que paso a explicar someramente las ideas básicas del *feminismo cultural*.

Se conforman como corriente en los años 80 en EEUU. Sus autoras más significativas son: Andrea Dworkin, Mary Daly, Susan Griffin, Katheleen Barry, Adrienne Rich, Alice Schwartz...

Sus ideas principales:

- El núcleo fundamental de la opresión de las mujeres es el **dominio sexual** de los hombres sobre las mujeres
- La sexualidad masculina y femenina son dos sexualidades antagónicas e irreductibles
- Todos los hombres están unidos, por encima de sus diferencias, para defender el poder patriarcal
- La heterosexualidad no es una preferencia sexual de las mujeres sino una relación de dominación donde las mujeres solo pueden ser víctimas o colaboradoras de los hombres. Consecuentemente, lo “natural” son las relaciones amoroso-amistosas entre mujeres (lesbianismo político)
- El “sadismo cultural” es el conjunto de prácticas sociales que favorecen y propugnan la violencia sexual
- Condenan la pornografía y la prostitución por ser manifestaciones prácticas del sadismo cultural
- Están también en contra de las transexuales por considerarlas “hombres que expropián el cuerpo de las mujeres”

Frente a esta corriente, también en EEUU aparecen un conjunto de voces feministas que aunque no tienen un cuerpo teórico unificado, se alían como respuesta a las feministas culturales. Sus representantes más destacadas son Carole S.Vance, Gayle Rubin, Alice Echols, Ellen Willis, Joan Nestlé, Gayl Pheterson...

Sus ideas principales:

- La sexualidad femenina, al igual que la masculina, son construcciones culturales y, por tanto, susceptibles de ser investigadas, valoradas y transformadas.
- Consideran que la experiencia sexual de las mujeres es ambivalente y es vivida como fuente de peligro y de represión pero también de exploración y placer.
- El peligro no sólo viene de la violencia machista, también de la interiorización del modelo sexual dominante.
- Importancia de la simbología y las representaciones. Las mujeres y también los hombres no son meros receptores de la cultura dominante ni objetos pasivos sino que juegan, subvierten y se resisten a ella. Ejem: butch-femme o drags king

- La lucha contra la violencia debe ir unida a la lucha por ampliar las cotas de placer y libertad sexual de las mujeres y de las minorías sexuales.
- La violencia sexual es fruto de las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres y no de la sexualidad masculina.
- La sexualidad es un vector de opresión con autonomía respecto al género aunque se interrelacionen. El feminismo no da todas las herramientas para un análisis certero de la sexualidad.

En nuestro país, al principio reprodujimos muchas ideas del feminismo cultural, por ejemplo cuando decíamos que todos los hombres eran violadores en potencia o cuando combatíamos la pornografía por ser una manifestación de violencia contra las mujeres. Posteriormente, a finales de los 80, empezamos a sentir cierta incomodidad con estas posiciones, abriéndose el debate y dando pie a posiciones diferenciadas en temas como la pornografía, la prostitución o la transexualidad.

Los debates sobre pornografía

En relación a la pornografía una corriente la consideraba la causa de la violencia sexual contra las mujeres, llegando a formular que “la pornografía es la ideología y la violación la práctica” o que “el contenido de la sexualidad en esta sociedad patriarcal es el de agresión y sometimiento de las mujeres. Esto es la pornografía... el poder de reducir a meras esclavas sexuales a las mujeres... La pornografía es una de las expresiones del fascismo y del racismo sexuales” (Feministas Autónomas de Madrid 1989). Así mismo, presentan la porno en sus aspectos más duros y violentos, como si TODA la porno fuera así y, consecuentemente, proponen su censura.

En un principio, la oposición a estas ideas era más desde la defensa de la libertad sexual de las mujeres y la necesidad de seguir visibilizando la sexualidad de las mujeres. Estábamos empeñadas en diferenciar sexualidad y violencia y en señalar que no todas las mujeres viven por igual la sexualidad. Así mismo, cuestionamos la relación causa-efecto entre pornografía y violencia sexual y reivindicamos el papel de las fantasías y su especificidad, haciendo hincapié en el papel de la elección en la práctica sexual. En resumen defendíamos que No toda la pornografía es violenta y aunque la mayoría de la producción pornográfica en esa época era bastante limitadora (reflejaba mayoritariamente el modelo dominante) y sexista, no lo era más que otras producciones artísticas. En consecuencia, nos mostramos contrarias a la censura por los efectos perniciosos de ésta y apostábamos por la posibilidad de una pornografía feminista, en la que se mostrase sexo explícito que no fuera coitocéntrico y heterosexista. Como se ha podido apreciar hoy existe esa reivindicación feminista de la pornografía que está dando lugar a producciones muy interesantes y estimulantes, además de divertidas muchas de ellas.

Diferentes polémicas sobre la prostitución

La prostitución es otro gran debate que hoy tiene plena vigencia y en el que están en discusión las distintas concepciones sobre la sexualidad.

Así, para el *feminismo cultural*, la prostitución es una institución básica del patriarcado por ser la base de la opresión sexual. La sexualidad es el instrumento fundamental de opresión femenina, siendo a través de ella como se construye el resto de opresiones (laborales, sociales, etc). Con la

prostitución se prostituye la sexualidad femenina en su conjunto porque refuerza la idea de que las mujeres pueden ser comparadas por los hombres y por lo tanto siempre implica explotación sexual y servidumbre. Nadie, en su sano juicio, puede elegir ser prostituta y, en consecuencia, las prostitutas son las víctimas por excelencia de la sociedad patriarcal: siempre están coaccionadas a ejercer y nunca puede existir consentimiento. Otro problema es que la prostitución denigra de tal manera a quien la ejerce que destruye su voluntad y hace que las prostitutas estén siempre alienadas. Su propuesta política es la penalización de clientes, proxenetas y del entorno de la prostitución y la reinserción de las prostitutas, independientemente de lo que éstas opinen. La idea de que las mujeres en las relaciones heterosexuales solo pueden ser víctimas o colaboradoras del patriarcado adquiere su máxima expresión en la posición que desde esta corriente se mantiene frente a las prostitutas autoafirmadas y que no quieren victimizarse, prostitutas que son vistas como traidoras a la causa feminista por colaborar en reforzar la sexualidad masculina y el lugar degradado de las mujeres en ella.

Frente a esta corriente otras feministas nos pusimos en contacto con algunas prostitutas y las invitamos a participar en las Jornadas estatales de Madrid en 1993. En el 95 creamos *Hetaira* con la convicción de que era fundamental escuchar y validar la voz de las prostitutas. Nuestro objetivo era luchar contra el estigma de que sufren las trabajadoras sexuales, apropiándonos de la categoría *puta* para resignificarla, para subvertirla, dándole otros contenidos no patriarcales y apoyando las manifestaciones de independencia y profesionalización de éstas para resaltar que el ejercicio de la prostitución no implica necesariamente estar al servicio absoluto de los hombres y que es una actividad económica que sirve a muchas mujeres para alcanzar cotas de independencia y de dinero superior al que pueden conseguir con otros trabajos. Enseguida nos dimos cuenta que la no es un todo homogéneo, que hay una gran diversidad de situaciones en su ejercicio y que es fundamental distinguir entre prostitución forzada y por decisión individual, siendo fundamental no meterlas a todas en el mismo saco. Existen mujeres que son víctimas de trata y no pueden decidir ni sobre sus condiciones de trabajo ni sobre su vida, viven y trabajan en régimen de esclavitud y deben ser protegidas por el estado, que debe perseguir con ahínco y medios este delito. Pero existen quienes quieren seguir trabajando en la prostitución y hacerlo en mejores condiciones que las actuales (bastante penosas al ser perseguidas por los vecinos o explotadas laboralmente por los dueños de los clubes). Para estas mujeres es necesario reconocerles sus derechos y defender su autonomía y libertad en el ejercicio de este trabajo.

El debate así situado no parece tener en estos momentos puntos de unión ya que parece difícil discutir con quien considera que las prostitutas y quienes les apoyamos somos *enemigas* de la causa feminista ya que estamos dando por buena la principal institución patriarcal, responsable de la violencia que sufren las mujeres.

La aparición de las transexuales en el movimiento feminista

El otro gran debate, fue la consideración que nos merecía la transexualidad. Debate que comenzó también en las Jornadas de Madrid celebradas en 1993 y que antes he mencionado. Hasta entonces las transexuales eran las grandes desconocidas cuando no objeto de nuestras críticas por considerar que imitaban aquello que nosotras criticábamos, es decir, la feminidad tradicional. Obviamente, el oír las en el 93 y saber de sus inquietudes, sufrimientos y problemas abrió el debate y significó para algunas replantearnos algunos supuestos feministas.

Pero también en este tema existen diferentes posiciones. Mientras algunas consideraban la transexualidad como un invento del patriarcado que refuerza la división en dos géneros y caricaturiza el género femenino negándoles que sean “realmente” mujeres. Otras creemos que representan un desafío

para el feminismo porque cuestionan el binarismo del sistema de géneros actual, metiéndonos de lleno en el debate de las identidades y obligándonos a deconstruir las dicotomías y binarismos, tanto en el género como en la sexualidad. Su existencia y los debates con los que interrogan al feminismo, cuestionan una acción feminista basada en una identidad feminista fuerte y esencialista. Y con ello no reivindico que sea posible prescindir de cierto sentido identitario. Probablemente es necesario seguir construyendo identidades pero es bueno hacerlo sabiendo que son ficciones, construcciones políticas necesarias para generar movimiento y rebeldía pero que deben ser cuestionadas y reinventadas nada más adoptadas.

Concluyendo

Desde mi punto de vista la sexualidad, el género y el sexo son variables propias que se interrelacionan de manera cambiante. El feminismo, entendido como un movimiento basado en una identidad fuerte del ser mujer debe ser replanteado al calor de estos debates. Las relaciones entre estos vectores de opresión, y no solo éstos (también la clase, la raza, las ideas religiosas...), deben ser analizadas sin presuponer la primacía del género siempre y en todo lugar.

En este sentido me parece importante **deconstruir** las categorías existentes y ser también conscientes del potencial revolucionario que tiene la **transgresión**, pues las cosas excéntricas e inesperadas cuestionan el orden establecido. Gayle Rubin, por ejemplo, afirma que los márgenes y los bajos fondos pueden ser un lugar de rebeldía. Jeffrey Weeks parte de la idea de que las categorías sexuales creadas para reforzar el control social, al excluir y estigmatizar a las minorías sexuales, se transforman en una política afirmativa, capaz de poner en entredicho el sistema sexual.

También es importante ser conscientes de la importancia que tiene lo simbólico, el juego, la fantasía y la subversión que se puede hacer a través del humor y de la parodia, sin que ello tenga que llevar a desconsiderar las discriminaciones concretas y las situaciones materiales en las que se articula la sexualidad, el sexo y el género.

Asimismo, defender la **libre elección** de formas de ser (género), de formas de placer y de afecto que no son mayoritarias, puede tener un potencial subversivo. En esta línea, luchar contra la supuesta homogeneidad que dan las categorías existentes y afirmar la **diferencia**, incluso dentro de ellas me parece algo importante. Y en este camino tiene mucho interés poder subvertir las etiquetas y redefinir sus contenidos.

Estamos ante una época llena de incertidumbres, donde muchos de los esquemas y de los paradigmas teóricos con los que nos hemos movido han demostrado sus límites para generar rebeldías. Esto puede ser fuente de angustia pero también un estímulo para seguir investigando y discutiendo cómo se entiende tanto la opresión de género como la sexual. Una estrecha relación entre académicas y activistas se hace cada vez más imprescindible para superar los límites actuales y crear nuevos paradigmas interpretativos de una realidad cada vez más compleja y vertiginosamente cambiante. El reto de construir movimientos unitarios donde sólo parece que hay dispersión y miradas estrechas y particulares es una tarea difícil pero, desde mi punto de vista, apasionante y a la que merece la pena dedicarle nuestros mejores esfuerzos.